



¿GOLPE? NO, DESBORDAMIENTO CONSTITUCIONAL

LA TRIBUNA

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ IBARRA

Ex presidente de la Junta de Extremadura



CUIDADO con humillar a Cataluña, fue la advertencia o la amenaza que expresaron un par de comentaristas políticos la noche del pasado domingo, ocho de octubre, en La Sexta, analizando la manifestación que los catalanes no independentistas celebraron en Barcelona para reclamar el fin del desafío separatista. Se entendió perfectamente lo que querían decir con esa amenaza y qué entienden ellos por Cataluña.

No creo que se sientan humillados los catalanes no independentistas si, quienes han desafiado la unidad territorial de España y su ordenamiento constitucional, son derrotados por el Estado de Derecho. Si esos catalanes no experimentarán humillación sino alivio, entiendo que ambos comentaristas políticos están confundiendo la parte con el todo, a los independentistas con el conjunto de la ciudadanía catalana cuando hablan de humillación a Cataluña.

Pero no recuerdo que el domingo anterior a ese del día ocho, es decir el famoso uno de octubre y los días siguientes, esos comentaristas hicieran la misma advertencia ("Cuidado con humillar a los españoles") cuando la humillación se produjo. ¿O no se sintieron humillados cuando los policías nacionales tuvieron que salir de sus hoteles porque les echaron los chantajes y las amenazas? ¿O no pensaron que quienes no somos independentistas sentimos la humillación cuando vimos por televisión las imágenes de guardias civiles saliendo de una localidad en la que estaban trabajando acosados por todo un pueblo por defender la Constitución y por cumplir los autos de los jueces?



ROSELL

Cuando parecía que todo el monte era orégano y que los independentistas eran los reyes del mambo, a nadie parecía inquietarle los sentimientos que pudieran anidar en quienes defendemos la España actual, democrática, constitucional, libre, descentralizada y reconocedora de los hechos diferenciales, es decir, la España que se perdió a manos del franquismo y que recuperamos, después de que muchos españoles, de Cataluña y de Madrid, de Asturias y de Extremadura, de Andalucía y del País Vasco... dieran su vida o su libertad para conseguirlo.

Y, ahora, cuando los gallitos que dijeron "adéu Espanya" se encuentran con que no todo el corral es de su propiedad, sino que pertenece, también, a una mayoría que aparentaba pasividad, escepticismo y desmoralización, pero que el domingo pasado salieron del aparente letargo, es cuando los que adivinan el final de la aventura secesionista amenazan con el "cuidado con humillar a Cataluña".

Cuando dicen "cuidado con humillar a Cataluña", están diciendo "cuidado con aplicar las leyes y los códigos a quienes han alardeado del incumplimiento de la Constitución y del Estatuto de Autono-

mía de Cataluña". Aquí de lo que se trata en estos momentos es de ver cómo se consigue transformar la derrota del independentismo en victoria. "Hablemos: más competencias, más inversiones públicas, más dinero y pelillos a la mar".

Josep Borrell se preguntaba por las razones que habían conducido a propietarios y a ejecutivos de grandes empresas a no manifestar su intención de trasladar sus sedes sociales a otros territorios si la independencia, finalmente, adquiriría visos de realidad. Borrell sabe que los empresarios que ahora se marchan nunca creyeron que se podría llegar tan lejos como estaba llegando el trío Forcadell, Puigdemont y Junqueras. Pensaron que este desafío acabaría como siempre con un aumento de competencias, de inversiones públicas y de dinero. No creían en la independencia pero sí esperaban obtener beneficios del desafío. Cuando han visto que en esta ocasión el río se desbordaba, salieron huyendo de la riada. Por eso no hablaron alto y claro cuando debieron hacerlo y por eso no me siento capaz de elogiar su posicionamiento ventajoso, porque ellos, los más poderosos, pueden irse y que salga el sol por Antequera. Pero los millones de trabajadores, nacidos o no en Cataluña, que allí viven y trabajan, no pueden hacer lo mismo. Ellos allí quieren estar, allí tienen sus familias, sus amigos, sus sudores enterrados en suelo catalán y allí quieren seguir siendo lo que son, ciudadanos españoles que viven en Cataluña. En ellos no pensaron los que ahora se van. Sólo pensaron en sus accionistas y en sus beneficios.

"Aquí no ha pasado nada". Sólo pasó que "Cataluña no estaba preparada para una independencia real". ¡Y sí ha pasado! Y el Gobierno y quienes le apoyen tienen que inocular una vacuna que inmune del veneno independentista para otros 39 años a quienes creen que sale gratis ir proclamando independencias sin cuento.

"No estamos ante un golpe de Estado, sino ante una crisis de desbordamiento constitucional", dijo el tertuliano. Y, claro, ¿quién va a meter en la cárcel a unos pobres desbordantes constitucionales?

cional. Todo eso existe y es real. ¿Por qué? En el caso catalán, por docenas de causas que se interrelacionan.

Déjeme enumerarlas. La reconfortante seguridad de sentirse superior al "otro" (en este caso, el cazurro opresor español), junto con el victimismo de creerse perseguido por un país extranjero al que se culpa de todo lo que va mal, lo que te permite considerarte a la vez héroe y víctima. Las heridas íntimas que se intentan contrarrestar con las engañosas "verdades" inmutables de la ideología y del fanatismo. El deseo de vivir algo nuevo y excitante que te libere de una existencia aburrida en un país tranquilo y estable. La acuciante necesidad de integrarte en una masa que te haga sentir protegido y seguro. Las vanas esperanzas puestas en una lejana utopía que nos hará buenos y felices a todos. Hay más razones, pero éstas son las más importantes.

¿Hay alguna fórmula racional para combatir esta diabólica combinación de fenómenos psíquicos? ¿Pueden hacer algo la razón y la civilidad contra esta maquinaria mental fabricante de delirios? Dejo ahí la pregunta.

Los fenómenos de alucinación colectiva que se apoderan de un numeroso grupo humano ocurren con más frecuencia de la que creemos. El Palmar de Troya del Papa Clemente, los 900 suicidas del Templo del Pueblo del reverendo demente Jim Jones, los crédulos miembros de la secta Moon, los raelianos que creían en la inminente llegada de los extraterrestres, los davidianos de David Koresh que se dejaron matar en un rancho de Texas, los delirios de Enver Hoxha en Albania —eran obedecidos por miles de disciplinados ingenieros y profesores y funcionarios—, y ahora la psicosis paranoide de miles de catalanes que prefieren comer hierba en una Cataluña sin bancos ni euros antes que volver a la racionalidad de una vida en común en la España constitu-

¿Hay una fórmula para combatir la diabólica combinación de fenómenos psíquicos? ¿Pueden hacer algo la razón y la civilidad?

Por monterera

MARILÓ MONTERO



HÉROES DEL SILENCIO

MARTÍN se está sentado en el sillón de los héroes. Se trata de un gran butacón, de color rojo, desde donde no se le va a pedir que haga ningún esfuerzo apocalíptico como a Superman. Sin mover a penas un músculo, Martín va a salvar muchas vidas. Se le ve tan a gusto, ahí, casi tumbado, que parece dispuesto para ver una película. Cuando posa su brazo izquierdo sobre el apoyabrazos Silvia, la enfermera, ya ha entablado una cariñosa conversación sobre asuntos de la familia. El héroe ni se ha percatado de que ya tiene el compresor de goma ajustado al bíceps para que aflore la vena. Del diminuto punto que se ha abierto en su piel empieza a salir una sensacional corriente de sangre hacia una bolsa transparente. Comienza la extracción. Aquí se advierte el auténtico significado de la perspectiva: algo pequeño puede parecer enorme según desde donde lo veamos. Ese minúsculo punto de extracción da vida. No digo una, digo 80 al día. Una media de 29.000 al año. ¿Qué héroe real o cinematográfico logra tan tónica obra? Charlo Martín Mancedo. Él mismo me descri-

El Premio Princesa de Asturias sería un galardón bien merecido para esos millones de donantes

be cómo su padre y su abuelo iban al sanatorio, allá por los años 50, para donar sangre "brazo a brazo". Se hicieron donantes tras fallecer su madre a causa de una peritonitis complicada por una infección. Perdió mucha sangre. Pasado el tiempo, ya que él tenía dos años cuando quedó huérfano, comprendió la importancia de donar. Martín fue convencido a cada uno de sus compañeros de trabajo, y luego a los de la mili, para que se hicieran donantes. Su vocación le mantiene, desde hace años, en la presidencia de la Fundación Nacional de Donantes de Sangre, Fundaspe. Me dice que en este siglo se pueden reproducir algunos órganos, pero no la sangre. Todos los hospitales, me detalla, tienen en sus neveras reserva para cinco días, por lo que se debe mantener el ritmo de donaciones. Por eso invoca a los donantes para que tengamos constancia. Ya ha terminado la extracción. Se levanta del sillón tan impecable como Superman después de salvar al mundo. No lleva una S escondida. Bajo el pecho tiene un gran corazón. Martín estira la manga de su camisa como si nada. Cuando se abotona el puño pienso en todos los héroes que realizan una hazaña tan beneficiosa para salvar la vida a miles de personas en peligro. Lamentablemente ninguna institución los condecora. El Premio Princesa de Asturias sería un galardón bien merecido para esos millones de donantes; héroes en silencio.

En tránsito

EDUARDO JORDÁ



COMEREMOS HIERBA

EN 1961, Albania era una dictadura comunista. Enver Hoxha, su líder supremo —que no estaba bien de la cabeza—, rompió con la Unión Soviética por oscuras razones de dogmática marxista y decidió alinearse con la China de Mao. La URSS canceló de un plumazo toda la ayuda económica. Al recibir la noticia, Hoxha proclamó orgulloso: "Da igual, comeremos hierba". Y así fue. Los infelices albaneses, a los que nadie había consultado qué querían comer, tuvieron que comer hierba durante treinta largos años.